

Rosa nochera..

Hace magia y lo que falta, de algún lado – no sé como -, pero siempre aparece. Le camina por dentro una angustia rastrera. Desde hace rato, desde muy lejano en el tiempo. Angustia de león, que camina su jaula y no puede ejercer, su tremenda potencia. Angustia hecha alfombra mullida. Cadenas antiguas, cadenas modernas, la estorban, la asfixian, molestan. Enfermera. Enfermera, en mayúscula.

A su lado, le camina de todo. Miserias humanas, hechas cruel abandono, hechas reclamos del odio, incluso... hasta algún asesinato brutal. Muerte, que camina con tacones bien altos. Angustias ciudadanas, que nadie ha venido ni vendrá, a resolver. Angustias de pestes. Estrés, depresión, más angustia y drogadicción de la peor. Hasta la angustia, se llena de sexo y luego, se pone a llorar. Días de angustia, los más; de alegría, los menos. Gracias, de aquí, gracias, de allá. Cosecha de gracias. Solo gracias y gracias. Pero cuando una boca agradece, ella se llena de íntimo gozo. Enfermera. Enfermera, en mayúscula.

Casi siempre, hasta el mismo hospital, está enfermo de muerte. Hospital que agoniza, en Terapia Intensiva. Salas pequeñas, con idénticas sabanas, las mismas grises paredes y las mismas carencias, de siempre. De ayer, de hoy y de siempre. Ella, no denuncia carencias. No sirve, asegura. Trabaja y trabaja, con lo poco que tiene. Hace milagros, aunque nadie lo sabe. Carencias que se ven desde lejos, pero que ella, las tapa. Hace magia y lo que falta, de algún lado – no sé como -, pero siempre aparece.

Ella camina pasillos, moviendo los brazos, llenando de sangre, llevando cariño, llorando consuelos, de todos a todos. Camina o revienta. Quieta, jamás. A veces se torna frío cerebro; otras, corazón palpitante; y siempre, siempre, siempre..., manos, manos y manos. Suda guardapolvos, transpira camisas, camina y trabaja. Entre camillas polvorientas, su espíritu, atado a la tierra, camina, camina y camina.

Corre arriba, corre abajo. Rosa, es nochera. Enfermera nochera. Nochera es su historia. La nochera, es Rosa nochera. Desde piba, consolando a esos insomnes dolores de la noche bien negra, que saben a cuchillo. Como un verso viejo, que se canta en la noche. Enfermera de noche. Rosa nochera. Noche nochera. Corre arriba, corre abajo. Nochera, en el viejo hospital. Y además, enfermera de día, en el sanatorio moderno. ¿Cuándo duerme...? Joven y vieja enfermera, que es madre de un niño.

Arturito. Niño, hijo de taxista de día y de enfermera nochera. Hijo de taxista nochero y de enfermera de día. Niño, con casa, comida y televisor, de veintiocho pulgadas. Niños de la calle, que pasan el día y la noche en la calle. Niños de enfermeras y taxistas, que pasan el día y la noche en la casa. Casa y calle distintas, diferentes. Casa y calle parecidas, similares. Infancias distintas, diferentes. Infancias parecidas, similares. Pero en el fondo, demasiado iguales...Niños, de la calle llena. Niños, de la casa sola. Niño, hijo de taxista de día y de enfermera nochera.

Dar. Darse. Y sanar. Sanar a los otros, muchas, muchas veces te enferma. Enojo, tristeza y depresión que se cuelan, durante el acto del sanar al otro. Pero Rosa, quiere a sus enfermos. Vibración de amor, que tiene el poder de sanar. Amor, enfermedad, dolencias, enfermedad, curar, sanar, pasan por las manos de Rosa nochera. Rosa huele a madre de todos. Madre de todos, pero no de su hijo. - *El amor de uno, puede curar el odio de muchos* - ella siempre repite.

Hay enfermeras, salidas de... (¿Mejor no lo digo...?) Hay enfermeras, salidas de campos. Hay enfermeras, salidas de campos de concentración. Hay enfermeras de todos los tipos. Enfermeras que quieren y otras, que no. Amor de enfermera, no siempre se encuentra. Aliviar, alentar, comprender y atender con amor. Ser enfermera, es oficio difícil. Ser Rosa nochera, no lo alcanza cualquiera. Rosa, a sus enfermos los quiere. Rosa, desde muy chica sintió su llamado a sanar. Rosa se agota, salvando a los otros. Rosa cansada. Rosa de la soledad. Rosa fue joven y linda hechicera, como el candor de una rosa. Rosa hoy, es una frente marchita que huele a remedios y a gasa.

Pero Arturito, siempre está solo. Arturito y su historia, que saben a nada, que huelen a ausencia. Arturito, se cansa. Arturito, se aburre. Arturito, sin madre. Arturito y sus dieciséis años de solo, acostado en la cama. Cerveza, alcohol y tabaco. Y Arturito que sigue creciendo. Alcohol, tabaco y otras drogas livianas. Y Arturito que sigue creciendo. Alcohol, tabaco y drogas más fuertes. La calle y el abuso de drogas. Y Arturito que sigue creciendo. Y un aberrante delito, de drogas que consumen a un niño, ahogos, dolor y de tráfico. Arturito trafica. En la calle colgó, de los cables más altos, dos zapatillas por sus cordones, atadas. Señal del Averno, que marca que en su casa, la droga se vende. Tráfico de droga, cosecha de traición y vergüenza. Primero la cárcel, después el psiquiátrico. Y Rosa muy sola y muy triste. Aunque el trabajo, la ayuda...

Rosa se puso bien gorda. Rosa más gorda y más gorda y más gorda. Rosa no es gorda, es obesa, casi hasta el absurdo. Rosa la obesa. La grasa no es buena. Rosa se duerme sentada. Rosa y su dolor de cintura. Rosa glotona y no puede parar. Rosa, que ya no es feliz. Rosa que comiendo, se olvida de todo. Escapismo mordiente, no ya de sí misma, sino de la vida. Del hospital a la Clínica; de la clínica, al hospital otra vez. Y cada tanto, un poquito en su casa. Muy poco. A veces, visita a Arturito.

Don Pedrito el taxista, que trabaja de día y trabaja de noche. Don Pedrito, esposo de Rosa. Pasajero y taxista de su gris pesadilla, entre desorden, hollín y bocinas. Don Pedrito, que tiene a su hijo internado y a una enfermera, de esposa. Don Pedrito, que habla y que ve a todo el mundo. A todo el mundo, menos a su hijo “que vuela” y a su esposa “que suda”. Un fuerte abrazo y un cordial saludo, pero siempre de lejos. Hasta que un día, Don Pedrito se enamoró de una dama casada. Y lo peor de lo peor, es que se enamoró de su propio “estar tan enamorado”. Y eso le pareció que era bueno. Era un hombre tranquilo, muy bueno, pero que un día se fue. Y como viajero y amigo, se marchó de su casa, amargado, anhelando esperanzas. Respiró otra vez su inocencia, que hacía tiempo, de él, también se marchó. Don Pedrito el taxista, que trabaja de día y trabaja de noche.

Rosa del Sanatorio Privado, trabaja y trabaja. Nunca nada le falta. Rosa del Hospital Público, trabaja y trabaja. Siempre todo le falta. Rosa del Sanatorio, sale y va al Hospital. Rosa del Hospital, sale y va al Sanatorio. Doble vida, doble trabajo, pero un

solo cansancio. Pero Rosa hace magia y lo que falta, de algún lado – no sé como -, pero siempre aparece.

Si al Hospital, un suero le falta, Rosa consigue. Si al Hospital, un antibiótico le falta, Rosa consigue. Si al Hospital, un calmante le falta, Rosa consigue. Si al Hospital, un remedio le falta, Rosa consigue. ¡¿Cómo es, qué Rosa consigue...?! Rosa hace magia y lo que falta, de algún lado – no sé como -, pero siempre aparece.

– *¿Me permite ver en su bolso, Señora? Por favor...* - serio e impávido, el guardia del Sanatorio Privado, le cerró el paso a Rosa, cuando esta salía, caminando cansada, hacia el viejo Hospital.

Dos frascos de suero (para una anciana “sin nadie”) Un antibiótico “caro” (para un cincuentón sin trabajo) Un calmante “de los que son más fuertes” (para una mujer con dos hijos y un cáncer) – *No son para mí, Señor Guardia querido. Son para gente, que Dios, sabe muy bien, cuánto que los necesita...* - Rosa, quiere defender lo imposible. Está descubierta. Rosa “saca cositas” del Sanatorio Privado y las usa, en el Hospital de todos. Rosa “Robin Hood” enfermera. Robin Hood enfermera, del subdesarrollo. Que saca a los ricos, para darles a los pobres...

– *¡Esto es un robo!* - Sonrojo; Sofoco; Ojos inflamados; Enrojecida la cara y el cuello. Hasta las venas del cuello y el cráneo, parecen querer explotar. Se levantó de su escritorio, muy indignado y asqueado, el señor jefe de todo el personal – *Señora Rosa: o renuncia, o la denunciamos en la Comisaría. Usted elige...*

– *Ponga en el acta lo que usted quiera, Señor Jefe. A mí me da igual, yo sólo soy un mandado* – Rosa se yergue. Él, no la entiende. Razón, a él, no le falta. Puede ser que incluso, le sobre. Pero el asco de sí, que demuestra en palabras y actos, igual, debe ser tolerado en un superior que tiene razón.

Llora Rosa, en la calle vacía. La luna se oculta tras una neblina que gime. De dolor, llora Rosa enfermera y se seca sus lágrimas, con una gasa que no le encontraron. Rosa perdió su trabajo. ¿Por qué llora Rosa? Porque prometió los remedios, que no llegaran.

Camina y camina, camino del Hospital. Zapatos deformes. Guardapolvo que explota. Bolso de pobre, cicatrizado en costuras. Rosa la gorda. Rosa nochera. Su voz suena amarga. Única rosa que va caminando, despacio, en medio de nada. Ella aprendió que en la vida, nunca se corre y que si, se camina.

Rosa, enfermera nochera. Estrella fugaz, cuyo fuego se enciende entre camas de un perdido hospital. Rayo de luna, vestido de blanco. Misterio, hecho mujer. Mujer, hecha enfermera. Rosa Nochera, la que entrega su vida, su hijo, belleza y marido... por un simple “gracias”, de aquel que se alivia.

Al amanecer, cuando su imagen se va, todos duermen benditos...

... *Fin...*